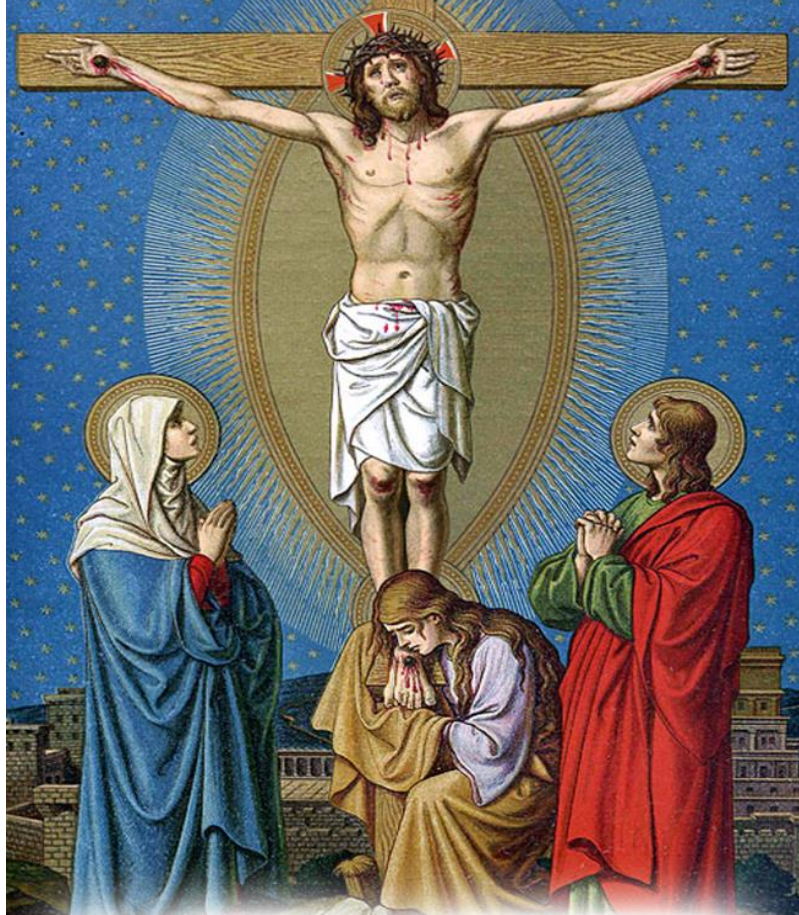


ישוע נצרי מלך היהודים  
IHEOYCNAZOPAIOC BATHAEYCTONIOYBAION  
JESVS NAZARENVS REX IVDÆORVM.



**EL AMOR A JESUCRISTO  
NOS HACE VIVIR FELICES**

# **EL AMOR A JESUCRISTO NOS HACE VIVIR FELICES**

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web: (El audio es grabado por Jorge Lapuente)

**[www.eresbautizado.com](http://www.eresbautizado.com)**

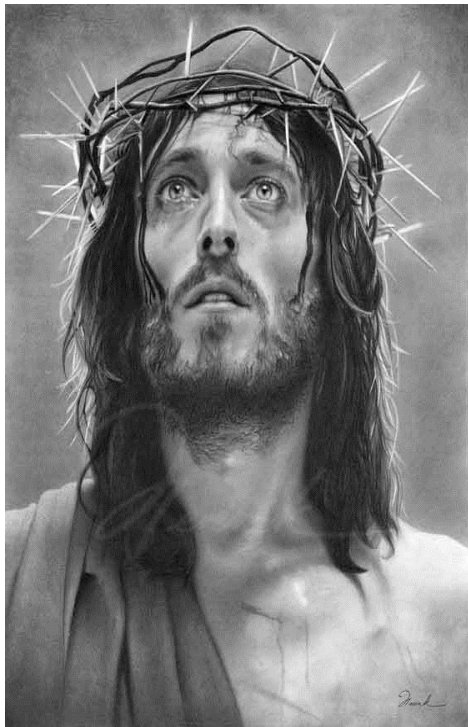
**<https://www.facebook.com/eresbautizado>**

**Primera Edición**

**JUNIO 2017**

**5,000 Ejemplares**

## EL AMOR A JESUCRISTO NOS HACE VIVIR FELICES



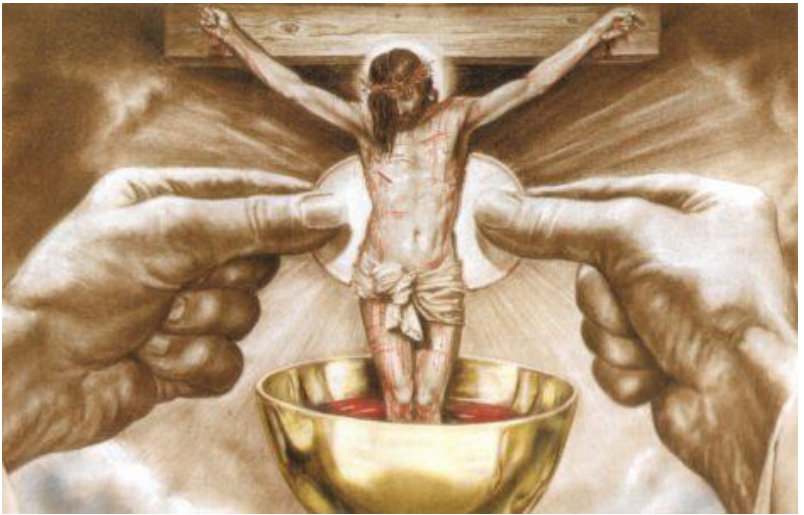
El amor por Cristo,” se refiere al amor que Él tiene hacia la humanidad. Su amor puede ser descrito brevemente como su consentimiento para actuar en nuestro mejor interés,

especialmente en satisfacer nuestra mayor necesidad, a pesar de haberle costado todo, y aunque éramos totalmente indignos de tal amor.



Aunque Jesucristo, siendo Dios por naturaleza, existió desde el principio de los tiempos con Dios el Padre y el Espíritu Santo, Él dejó voluntariamente

su trono para hacerse hombre, y así poder pagar el castigo por nuestros pecados, para que no tuviéramos que pagarlo nosotros por toda la eternidad en el lago de fuego. Porque el pecado de la humanidad ha sido pagado por nuestro Salvador Jesucristo, quien jamás pecó; Dios, quien es justo y santo, puede ahora perdonar nuestros pecados cuando aceptamos el pago de Jesucristo como nuestro Salvador. Por tanto, el amor de Cristo



es mostrado al haber dejado su hogar en el cielo, donde era adorado y honrado como Él merece, para venir al mundo en forma de hombre, donde Él sería ridiculizado, traicionado, golpeado, y crucificado en una cruz para pagar el castigo por nuestro pecado, resucitando nuevamente de los muertos al tercer día. Él consideró nuestra necesidad de un Salvador de nuestro pecado y su castigo,



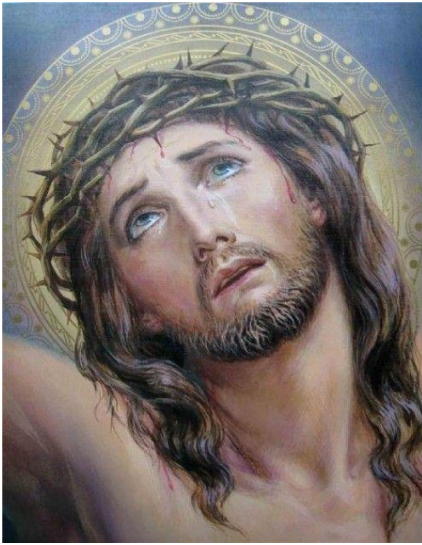
como más importante que su propia vida y comodidad.

Algunas veces, la gente ofrece voluntariamente su vida por aquellos que consideran ser dignos de ello – un amigo, un familiar, otras personas “buenas”, – pero el amor de Cristo va más allá de eso. El amor de Cristo se extiende hasta aquellos que son los más indignos. Él voluntariamente llevó el castigo de aquellos que lo torturaron, lo odiaron y se revelaron en su contra, a quienes



Él no le importaba, aquellos que eran los más indignos de Su amor. ¡Él dio todo lo que podía dar por aquellos que menos lo merecían! Entonces, el sacrificio es la esencia del amor santo, llamado el amor ágape. Este es un amor como el de Dios, no un amor como el del hombre.

Este Amor que Él demostró por nosotros en la cruz es sólo el principio. Cuando ponemos nuestra confianza en Él como nuestro Salvador, ¡Él nos hace hijos de Dios, y co-



herederos con Él! Él viene a morar dentro de nosotros a través de Su Espíritu Santo, prometiendo que nunca nos dejará ni nos desampará. Por tanto, tenemos a un amado compañero de por vida. Y sin importar por lo que pasemos, Él está ahí, y su amor está siempre disponible para nosotros. Pero, así como Él reina legítimamente como un Rey benevolente en el cielo, necesitamos darle la posición que Él merece también en nuestras vidas, la de Maestro y no solamente de compañero. Es sólo entonces, cuando





experimentaremos la vida que Él quiso que viviéramos en la llenura de Su amor.

“Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Esta pregunta triple de Jesús nos invita a

reflexionar un momento sobre el significado del amor en nuestra vida de cristianos.

La historia humana es una impresionante búsqueda de amor, acompañada de maravillosos éxitos y grandes fracasos. La aspiración más profunda del corazón del hombre, es el deseo de amar y de ser amado. Él ha sido creado por amor y para el amor, y

sólo en el amor puede desarrollarse y hacerse fecundo.

Es, seguramente, también una experiencia nuestra: El amor es lo esencial y principal de nuestra vida humana. Y conocemos también la otra cara de la moneda: Sólo es estéril quien vive sin amor; solo el egoísta fracasa en su vida.

En la vida del cristiano, el amor tiene que manifestarse en dos dimensiones: hacia Dios y hacia los hermanos. Y es en la persona de Jesucristo en que se unen, se cruzan estas dos dimensiones del amor. Él es el Hombre-Dios. En Él reconocemos y encontramos, a la vez, a Dios y al hombre. Por eso, cuando amamos a Jesús se confunden en una sola cosa, el amor a Dios y el amor a los hombres. Así, la

vinculación fundamental, el amor original del cristiano debe dirigirse a Jesucristo.

Es por eso que Jesús, en el Evangelio de hoy, le pregunta a Pedro tres veces por su amor a Él: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Un amor vital, profundo y personal a su Maestro es lo más importante y decisivo en ese momento, en que Jesús llama a Pedro a ser jefe de los Apóstoles y de la Iglesia.

Pero me parece, que esta pregunta de Jesús se dirige no sólo a San Pedro, sino también a todos nosotros. Cada uno de nosotros, en lo profundo de su corazón, debe responderle. Cada uno de nosotros debe examinarse a sí mismo, debe examinar su actitud, su fidelidad, su amor frente a Jesucristo.

No sé, si todos nosotros podemos responder, con la misma sinceridad que San Pedro: “Señor, tú sabes que te quiero”. Porque me parece que el mundo de hoy sufre una grave enfermedad: está disminuyendo e incluso muriendo por falta de amor; el corazón de muchos se enfría y ya no es capaz de amar, ni de sentirse amado.

¿Quién de nosotros no sufre bajo esta enfermedad del tiempo actual?

¿Quién de nosotros no sufre bajo esta falta de amor desinteresado y generoso hacia Jesús, hacia Dios, hacia los demás?

¿Quién de nosotros no se siente cautivo de su propio egoísmo, el cual es el enemigo mortal de cada amor auténtico?

Y entonces nos queda la pregunta: ¿Qué podemos hacer para que crezca y se profundice nuestro amor a Cristo? A mí me parecen importantes sobre todo dos aspectos:

Primero, debemos luchar contra el egoísmo, que está muy dentro de nosotros mismos. Ninguno de nosotros, si quiere ser un verdadero cristiano, puede desistir de esta lucha diaria. Sólo esta renuncia del amor egoísta hace al hombre libre, abierto y generoso para amar verdaderamente a Cristo y a los demás.

Segundo, para poder amar a una persona tenemos que conocerla, tenemos que interesarnos por ella. Para poder amar a Jesús tenemos que conocerlo a Él, mirando su vida, escuchando sus enseñanzas.

Si no lo conocemos, si no sabemos nada de su generosidad, ni de su entrega desinteresada, ni de su amor abundante hacia nosotros entonces, nunca vamos a responderle a su amor. Por eso, tenemos que dedicarle tiempo a Él, para leer su Evangelio, para hablar con Él, para conocer y meditar su vida, para quedarnos en su compañía.

Lo que dijimos de Jesucristo, lo podemos decir también de su Madre, la Virgen María. Para crecer en vinculación y amor a Ella, tenemos que conocerla más, acercarnos a Ella; hablarle, compartir nuestra vida, nuestros anhelos, nuestras preocupaciones con Ella.

Es en los Santuarios Marianos, lugares de gracias, donde María está presente con su Hijo Jesús, donde podemos encontrarnos con ellos en cualquier momento.



Queridos hermanos, estamos celebrando la Eucaristía. Ella es el recuerdo del amor desbordante de Jesús, que se manifestó por su muerte en la Cruz.

Pidámosle, por eso, a Jesús y a María que alejen de nosotros ese egoísmo tan penetrante que deja infecunda nuestra vida, y que enciendan en nuestro corazón el fuego del Amor que hace auténtica y grande nuestra existencia -igual que la suya.

